**Feria de Navidad  
Ciclo A**

****4 de enero de 2023  
1Jn 3, 7-10  
Sal 97  
Jn 1, 35-42  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Es de llamar la atención en la Primera Lectura el paralelismo que establece Juan: «*todo el que no practica la santidad no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano».* Es decir, que todo el que está fuera de la intimidad con Dios no es de Dios; ni tampoco es de Dios el que no ama a su hermano; es decir que Juan pone al mismo nivel la unión con Dios, la intimidad con Dios, con la unión al hermano, con el amor al hermano: son inseparables. Llamada a navegantes, para todos aquellos que nos queremos acercar a Dios. Es como si nos dijera que lo que verifica que la relación con Dios es auténtica y real es, precisamente, el modo que nos relacionamos con nuestros hermanos.

Es por eso que Juan no puede separar las dos experiencias: el amor a Dios y el amor al hermano y nos insiste, una y otra vez, en sus cartas y en su evangelio, que si no nos vivimos desde aquí, seremos unos mentirosos. Parece que Juan desde aquel día en que se encontró con Jesús a las cuatro de la tarde y se fue con él a su casa no ha querido que esa experiencia se quedara en el pasado, pues la ha ido revitalizando día a día. Aquel día, aquella noche, que pasó con Jesús en su casa, comenzó a comprender, pues fue tan fuerte aquel primer encuentro con Él que, setenta años después, cuando se escribió el Evangelio, ni siquiera pudo olvidar la hora a la que se produjo. Antes, el centro de convocatoria del apóstol era el Bautista; a partir de aquella noche, Jesús se convirtió en su centro de gravedad.

Esta es una experiencia que tiene muy clavada el apóstol Juan dentro de su alma y que la ha comprendido y asimilado perfectamente. Después, en la experiencia de la última cena, en que Jesús, después de cenar, y del lavatorio de los pies, les dice aquello de: «*ámense los unos a los otros como yo les he amado*» (Jn 13,34), comprendió que el criterio del amor ya era otro. Ya el criterio dejó de ser: «*ama a tu prójimo como a ti mismo*» (Lev 19,18), en donde la referencia para amar era uno mismo. Ahora la referencia es Jesús: «*amen como yo les he amado*»; y en ese «como» está el *quid* de la cuestión.

Juan comprendió que en esa entrega de Jesús por cada uno de nosotros emanaba de su entrega a su Padre. Es como si nos dijera: «porque amo a mi Padre y estoy unido a Él, por eso me entrego a ti y me doy a ti; así comprenderás cómo amo a mi Padre». Esa experiencia descomunal que tuvo Jesús a la hora de su bautismo de saberse el amado del Padre, lo desbordó de tal manera que le impulsó a comenzar su vida pública para expresar su amor hasta el extremo por cada uno de nosotros. Y es por eso que otro Juan, el santo español de la Cruz, pone esta frase en boca de Jesús: *Yo soy tuyo y para ti y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti[[1]](#footnote-1).*

Y aquí otra llamada a navegantes. Es necesario, como Juan, el evangelista, revitalizar nuestra experiencia de Dios para que nuestra fe no se convierta en una fe parásita de nuestros recuerdos del pasado; una fe que vive de las rentas de nuestro primer encuentro. Debemos de darnos cuenta que el seguimiento de Jesús, quien toma la iniciativa es él y que constantemente nos lanza la pregunta que les formuló a los dos discípulos: « *¿qué buscan?* ». Es decir, que Jesús les está preguntando qué lo que esperan de él y lo que creen que él puede darles. Aquí se nos está diciendo algo muy importante. El evangelista insinúa que existen seguimientos equivocados, adhesiones a Jesús que no corresponden a lo que él es ni a la misión que ha de realizar. Esa es la actitud que se pide a los seguidores de Jesús: tener el corazón abierto para saber escuchar la pregunta: « ¿qué buscas?» que en definitiva es el primer paso para revitalizar nuestra intimidad con Dios. Si en la vida espiritual no revitalizamos la experiencia de Dios y nos dejamos llevar como la barca por la corriente, sin desplegar nuestras velas para que sean empujadas por el viento del Espíritu, y nos ponemos activamente, *con determinada determinación[[2]](#footnote-2)*, manos a la obra, iremos una y otra vez al confesionario para decir: «Padre, me acuso otra vez de lo mismo de siempre…», haciendo nuestras confesiones clones de la primera…

Otra insinuación de Juan es la idea de que el seguimiento de Jesús, la intimidad con él, no se adquiere con la adhesión intelectual a su doctrina: el seguimiento se realiza aprendiendo existencialmente su modo de vivir. Los discípulos quieren conocer dónde vive Jesús, su habitación, su estilo de vida: quieren estar cerca de él y vivir bajo su influjo. Y Jesús les invita a tener la experiencia de vivir con él. Con esto se nos está diciendo que la respuesta que le dieron los dos discípulos fue la correcta. De su respuesta dependía el ir con Jesús o no, y dieron en el clavo. Porque para el discípulo lo primero es entrar en la zona donde está Jesús. Y él está en la zona de la vida, donde Dios está presente entre los hombres. Por eso es que ese lugar no puede conocerse por mera información o estudio, ni por aprendizaje de doctrina, sino solamente por experiencia personal: «*vengan y lo verán*».

Y es entonces cuando los discípulos establecen contacto con Jesús, con el lugar donde vive él. Y esa experiencia directa hace que se queden. Es entonces cuando pasan a la zona de la luz y de la vida. La comunidad de Jesús está formada por aquellos que se quedan con él, que están donde él está

Pidamos en esta Eucaristía las gracias que necesitamos para revitalizar nuestra experiencia de Dios y así revitalizar nuestra experiencia con los hermanos. Amén.

1. Juan de la Cruz. *Llama de amor viva B 3,6.* [↑](#footnote-ref-1)
2. Frase típica de Santa Teresa de Jesús [↑](#footnote-ref-2)